





LS.H
D6714 s

STA. TERESA DE JESÚS

Y

SAN JUAN DE LA CRUZ

(BOCETOS PSICOLÓGICOS)

POR

JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA



LIBRERÍA DE FRANCISCO BELTRÁN
PRÍNCIPE, 16.—MADRID

1915

287446
22. 5. 33

Salamanca. —Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado

Santa Teresa de Jesús [1]

Uno de los más grandes escritores del siglo XIX, apenas conocido, porque «vivió más para adentro que para afuera»—como dijo muy bien Maragall al traducir su obra *Fisonomías de Santos*—Ernesto Hello, hizo que su libro fuera una revelación para muchos. «No sospechábamos que los santos fueran así», pudieron decir infinidad de gentes, como aquellas otras de tiempo de monseñor Dupanloup, que se preguntaban «si los santos serían hijos de Adán, hombres de carne y hueso como los demás hombres».

Y es que a fuerza de querer, con muy

---

(1) Conferencia leída en la Universidad de Salamanca.

buen deseo, indudablemente, elevar a los santos sobre la humanidad, se les ha colocado fuera de la humanidad, inaccesibles a la visión simpática de los demás mortales.

En esto se dan la mano, como en todo, los extremos: la ignorancia de los píos y la de los impíos.

Santa Teresa, sin embargo, goza de cierto privilegio. Y es que nos ha contado su vida ella misma.

Circula por esa *Vida* de Santa Teresa, escrita por ella misma, una gracia, una alegría santa de vivir, un humorismo a lo divino, sin dejar de ser muy humano; un «andar en verdad»—como ella dice—tan corriente, tan sincero, tan a nuestros alcances, para poderlo admirar, ya que no sepamos imitarlo, que no es extraño, que todos los que tienen un falso concepto de la santidad y del misticismo, que son legión, tengan que confesar su error, diciendo: «No sospechábamos que los santos fueran así».

No hace mucho tiempo, una revista, mag-

nificamente ilustrada, daba a conocer un cuadro, titulado *Misticismo*, obra de un pintor de renombre. Representaba, vestido de tosco sayal, a un religioso, con tal aspecto de sufrimiento, de tristeza, enfermo, miserable, que resultaba sencillamente repulsivo, contra los buenos deseos, sin duda, del autor... Aquel pintor no es posible que hubiera leído a Santa Teresa.

La alegría ha parecido a la Iglesia tan relacionada con la santidad, que Benedicto XIV hizo de su presencia constante una de las condiciones de la beatificación.

El buen humor no está lejos acaso de ese «buen espíritu» que los maestros de la vida ascética estiman tanto.

Uno de los santos más extraordinarios que ha habido, admiración hasta del mismo Goethe, San Felipe Neri, fué un día, de orden del Papa, a examinar el espíritu de una religiosa, medio santa, que llamaba la atención con éxtasis y revelaciones, en un monasterio cerca de Roma.

Era en un día tremendo de lluvia, de vendaval. Llegó el santo al monasterio, lleno de agua, de barro, y lo que es más extraño, de buen humor. Se le presenta la religiosa, toda compungida y devota, dispuesta a demostrar sus conocimientos en la ciencia de la perfección.

San Felipe Neri, por todo examen teológico, se sienta modestamente en una silla, y le dice a la religiosa: «Quitadme las botas».

Tales fueron los gestos de poca humildad que hizo la medio santa, que el gran San Felipe tomó tranquilamente su sombrero, y se fué al Papa, a informarle que en aquel monasterio no había tal santidad.

En un caso análogo, de seudo arrobamiento, que le acaecía a cierta persona—dice Santa Teresa, con graciosa ingenuidad:—«con dormir, comer y no hacer penitencia, se le quitó a esta persona».

¡Y qué gracia no le harían a la santa castellana aquellas beatas de Villanueva de la Jara, que querían ser monjas, cuando las

describe con rasgos tan expresivos! «Rezaban el Oficio divino—dice—con un poco que sabían leer, que sólo una lee bien...» «con unos breviarios viejos, que unos clérigos ya no se aprovechaban de ellos...» «y como no sabían leer estábanse muchas horas...» y «esto no lo rezaban donde de fuera las oyesen: Dios tomaría su intención y trabajo—termina diciendo—que pocas verdades debían decir».

De cómo tendría su ánimo dispuesto a la complacencia, Santa Teresa, da una idea el siguiente hecho: Estando un día en oración, en el convento de Avila, se llegan, en procesión a ella las religiosas, cantando una letrilla, para que las libre el Señor de una plaga de insectos, que se criaban en la grosera jerga que vestían:

«Pues nos dáis vestido nuevo
Rey celestial,
Librad de la mala gente
Este sayal».

La gran contemplativa, en lugar de im-

pacientarse, de las monjas (y de los insectos), les ayuda en su petición, improvisando al mismo tono unas estrofas, como las siguientes:

«Pues vinísteis a morir
No desmayéis;
Y de gente tan *civil*
No temeréis».
....
....
«Inquieta este mal ganado
En la oración,
El ánimo mal fundado
En devoción.
Mas en Dios el corazón,
Tened igual».

Pero donde se revela, de mano maestra, el ingenio festivo de la Santa, su sátira elevada, de la mejor ley, es en el *Vejamen*, que por mandado del Obispo de Avila, D. Alvaro de Mendoza, dió a cuatro personajes de su más alta estimación: a D. Francisco de Salcedo, el «caballero santo»; al P. Julián

de Avila; al mismo San Juan de la Cruz; y a D. Lorenzo de Cepeda, hermano de Santa Teresa.

Versaba el ejercicio, o certamen literario-teológico, sobre aquel verso que trataba de cómo ha de buscarse el alma en Dios:

Alma, buscarte has en mí.

D. Lorenzo de Cepeda contestó con un trabajo adornado de textos latinos, poniendo aquello de San Pablo: *¡Oh altitudo divitiarum...* hasta *quoniam ex ipso, et per ipsum, et in ipso sunt omnia.* Y terminaba dando la respuesta en verso.

Santa Teresa dió este *vejamen* a su hermano:

«Le agradecemos mucho sus coplas y respuesta. Que si ha dicho más que entiende, por la recreación que nos ha dado con ellas le perdonamos la poca humildad en meterse en cosas tan subidas».

A D. Francisco de Salcedo le decía:

«Yerra en poner tanto que Dios está en

todas las cosas. Que sabedor es Dios que está en todas las cosas»..... *Buscarte has en mí* quiere significar algo más.

«También dice mucho de entendimiento y de unión. Ya se sabe que en la unión no obra el entendimiento. Y si no obra, ¿cómo ha de buscar el alma?»... «Cita el salmo 85: *Oiré lo que habla en mí el Señor*, pero no viene bien, porque la letra no dice *oigamos* sino *busquemos*.

«Y lo peor de todo es que después de venir todo el papel diciendo: Este es el dicho de San Pablo, este del Espíritu Santo... dice que ha firmado necedades».

La Santa acaba por amenazarle, graciosamente, porque lo denunciará a la Inquisición, «que está cerca».

Al P. Julián de Avila le dice:

«Comenzó bien y acabó mal, porque no le piden que diga de la luz increada y de la creada, cómo se juntan, sino que *nos busquemos en Dios*».

...«Mas yo le perdono sus yerros—aña-

de—porque no fué tan largo como mi Padre Fr. Juan de la Cruz».

Y a este varón santo le da el mayor y más gracioso *vejamen:*

«Harta doctrina—le dice—hay en su respuesta, para quien quisiere hacer los ejercicios que hacen en la Compañía de Jesús, mas no para nuestro propósito.» ...«Caro costaría si no pudiéramos buscar a Dios, sino cuando estuviéramos muertos al mundo. No lo estaba la Magdalena, ni la Samaritana, ni la Cananea, cuando lo hallaron!...» ...«Dios nos libre de gente tan espiritual, que todo lo quiere hacer contemplación, dé donde diere.» ...«Con todo, le agradecemos el habernos dado, tan bien a entender, lo que no preguntamos»...

Y terminaba el *Vejamen* diciendo Santa Teresa al Obispo de Avila:

«Mande Vuestra Señoría que se enmienden...» «Todos son tan divinos esos señores, que han perdido por carta de más»...

Mucho tiempo después de la muerte de

la Santa, se ha publicado una poesía, indudablemente suya, donde se da la respuesta adecuada al certamen que perdieron tan «divinos señores», con un ingenio y una gentileza tan grandes, como difíciles eran los conceptos que allí habían de jugar.

He aquí algunos versos:

«Si te perdieres, mi amada,
Alma, *buscarte has en Mí.*
....
Y si acaso no supieres
Donde me hallarás a Mí,
No andes de aquí para allí
Sino, si hallarme quisieres,
A Mí, *buscarme has en tí*».

No se puede negar que Santa Teresa popularizó, hasta donde es posible, la más alta y escondida de las ciencias: la Teología mística.

El pueblo entiende a quien le habla en su lenguaje. Santa Teresa escribía como se hablaba en su tiempo, castiza y llanamente, lo cual no quiere decir bajamente. Se puede

andar con majestad por el llano, y andar a la rastra por las alturas de la montaña.

Además, la *fémina que se metió a escritora,* poseía el lenguaje que da una educación esmerada, y la claridad que da un talento y una imaginación privilegiados. «Los doctores más reputados de aquel tiempo—ha dicho el Pontífice Pío X—estaban llenos de admiración ante el genio de esta mujer, que había sabido condensar en un elegante tratado, las doctrinas, hasta entonces oscuras y raras, de la Teología mística».

El pueblo cristiano estaba también lleno de admiración ante esta mujer, que si se elevaba a las regiones de la mística, explicaba ingénuamente su ascensión; si edificaba castillos interiores del alma, edificaba conventos; y si se consagraba a la contemplación, no se olvidaba de la caridad para con su prójimo.

Hay otro encanto en la vida y en los escritos de Santa Teresa, que el pueblo, con su certero instinto ha adivinado claramente:

la naturalidad. Ni en su trato, ni en su lenguaje usó jamás afectación ni artificio alguno. Es más, parece que tenía innata aversión a todo lo que, de cerca o de lejos, tuviera visos de pedantería. Hablándole en una ocasión, una monja, de San Elías y de los asirios, le contestó Santa Teresa diciendo: «que como no era tan *letrera* como ella, no sabía lo que eran los asirios.»

Otra vez, la víspera de tomar el hábito de carmelita, le decía una joven: «Madre, también traeré una *Biblia* que tengo»—«¡Biblia—respondió la Santa—hija, no vengáis acá, que somos mujeres ignorantes, y no tratamos más de hacer lo que nos mandan, que ni queremos a vos ni a vuestra *Biblia!*»

A la que había de ser modelo en la literatura le preocupaba tan poco el atildamiento al escribir, que en una carta a su hermano, le dice: «si faltan letras, póngalas».

En una ocasión, refiriéndose a una carta que le había escrito la priora de Sevilla, adornando el texto con alguna cita latina,

dice Santa Teresa: «Muy buena venía (aquella carta) si no trajera aquel latín. Dios libre a todas mis hijas de presumir de latinas... Harto más quiero que presuman de parecer simples... que no tan retóricas».

A otra monja grave, a quien dió a copiar unas coplas la Santa, y manifestó cierta extrañeza, como si fuera ocupación indigna de la venerable madre, tal entretenimiento, la dijo, medio en broma, medio en veras: «Todo es menester para pasar esta vida, no se espante». De seguro que la buena monja ya supo a qué atenerse, para cuando la fueran otra vez con coplas.

Las cartas de Santa Teresa, modelos del género epistolar, respiran gracia todas ellas y están sazonadas con tal sal de prudencia —se ha dicho—«que al más fastidioso lector deleitan con utilidad». En una que escribió a su hermana, doña Juana de Ahumada, estando esta señora con su familia en Galinduste (de nuestra provincia de Salamanca) la dice: «Parece que están en el otro mundo,

en estando en ese lugar. Dios me libre de él»...

Supongo que los de Galinduste no tomarán a mal esta gracia de la santa.

Lo que dijo fray Luis de León del castellano de Santa Teresa, puede decirse como resumen de toda su figura, de todo su proceder: «Era la misma elegancia».

La semi-ciencia, la mediocridad las cambiaba sin vacilación, y daría dinero encima por una humilde ignorancia. Es típico lo que dijo de los medio letrados.

He aquí sus palabras: «Tengo grandísima experiencia... de unos medio letrados espantadizos, porque me cuestan muy caros».

Y no sólo se duele Santa Teresa del daño particular que hicieran en su alma los semisabios de la confesión, se lamenta, en general, de los medio letrados de la doctrina entera de la fe. «¡Oh, Señor—dice en una exclamación magnífica—mirad que entienden al revés vuestras palabras!»

Y refiriéndose a los que apartaban a las

almas de la vía austera de la oración por temor a ciertos peligros, decía, con la clarividencia de su talento:

«Huir del bien por librarse del mal, nunca yo tal invención he visto».

Pero en este punto estamos hoy como hace tres siglos. Recientemente, una autoridad en la ciencia mística, el padre Arintero, alumno que ha sido de esta Universidad, citaba un caso gracioso. Un predicador, un pobre fray Gerundio, dirigiendo unos ejercicios espirituales en una respetable comunidad, les aconsejaba a las buenas religiosas que se apartaran de los caminos escabrosos de la mística y de la ascética, y se fueran por el camino llano y trillado, por la carretera por donde van las vacas. Y para dar mayor fuerza al argumento, como si fuese una sentencia escrituraria o patrística, lo ponía en latín, diciendo: *Ite per viam vaccarum!...*

Y debe de tener mayor trascendencia de lo que parece, y estar muy generalizado en

ciertas esferas ese... *per viam vaccarum*, cuando el general de una Orden religiosa ha tenido que lamentarse de que hubiera ministros del Señor, religiosos tan tocados del espíritu racionalista, que hablaran del *misticismo* como si fuera algo nebuloso y fantástico, inaccesible a las almas que caminan por la vía de la perfección.

Y menos mal, si ya los medio letrados de ahora, no mandan a sus subordinados en lo espiritual, hacer aquellas muecas de desprecio, a las visiones de Jesucristo, como hicieron con Santa Teresa, cosa que dió tanto horror y tanta pena al maestro Avila, cuando lo supo.

Todo aquel castillo de naipes que levantaron los teorizantes de la teología, sobre si eran pinturas diabólicas o visiones divinas, lo deshizo de un soplo el docto dominico P. Báñez, diciéndoles: «adonde quiera que veamos la imagen de nuestro Señor es bien reverenciarla, aunque el demonio la haya pintado, porque él es gran pintor, y

antes nos hace buena obra, queriéndonos hacer mal, si nos pinta un crucifijo o una imagen tan al vivo, que la deje esculpida en nuestro corazón».

El gran San Pedro de Alcántara en una carta a Santa Teresa la escribe estas enérgicas palabras: «me espanté que vuestra merced ponía en parecer de letrados lo que no es de su facultad, que si fuera cosa de pleitos, o caso de conciencia, bien era tomar parecer de juristas o de teólogos, mas en la perfección de la vida no se ha de tratar sino con los que la viven...»

Bien se deja comprender que si esto se decía a la Santa, quien por obediencia y humildad consultaba, los que debían aplicarse la lección eran los que daban su parecer en lo que no entendían, los que disertando mucho sobre la perfección de la vida no la viven.

«Nuestros teólogos—decía nada menos que Melchor Cano—disertan largamente acer-

ca de muchas cuestiones, que ni los jóvenes pueden entender, ni los viejos sufrir».

Para aquellos disputadores sempiternos no se ha escrito la sabia sentencia del *Kempis:* «Más quiero sentir la compunción que saber definirla».

Ni aquella otra: «¿Qué te aprovecha disputar sutilmente acerca de la Trinidad, si falto de humildad la desagradas?»

En esto de la humildad hay que oir lo que dice la gran maestra de ella, Santa Teresa. Compara al alma humilde con la abeja, que todo su alimento lo convierte en miel, y al alma no humilde, con la araña, que todo lo que le alimenta lo convierte en veneno. Es una asimilación de lo de fuera en lo de dentro de nosotros mismos, de renunciamiento en un caso, de egoismo en el otro.

En la filosofía popular hay una frase que encierra la misma idea:

De una persona sin humildad, que se engríe por cualquier cosa, dice el buen sentido

del pueblo, que «todo se lo convierte en sustancia». Y esta sustancia no suele ser la miel que endulce la vida, sino algo de veneno que amargue la existencia de los demás.

Pero la humildad no consiste—añade Santa Teresa—en tener pensamiento ratero y ánimo cobarde. Este es un error muy general. El vulgo, ilustrado y no ilustrado, cree que si algún santo ha sido un genio, ha poseído gran talento, ha debido apagar las luces humanas de su entendimiento, para no ver más que con los ojos cerrados de la fe. Por eso, sin duda, sorprende tanto, a la generalidad de las gentes una Santa Teresa, un San Agustín. Esas buenas gentes desconocen el consejo evangélico de que la luz no debe ocultarse bajo el celemín.

Afortunadamente ha pasado el tiempo de considerar como «cosa de beatas» el estudio de la vida de los Santos, de los escritos de los místicos. Modernamente se han hecho estudios interesantes, sobre la psicología so-

brenatural, que así la llama un sabio religioso benedictino.

El mismo Pontífice Pío X admite este movimiento intelectual, aunque no parece estar conforme con el título que le dan algunos a la nueva ciencia, pero la señala una orientación en la doctrina de Santa Teresa. He aquí las palabras del Papa: «Que todos los que actualmente se ocupan de la psicología mística, como ellos dicen, no se aparten nunca de los principios expuestos por tan excelente maestra!»

~ ~ ~

Es para esta tierra de Castilla de gran honor que tengamos en nuestra lengua un modelo de literatura clásica, al mismo tiempo que una fuente del pensamiento, a que tienen que acudir, cuantos modernamente quieren saber algo de la más alta y escondida de las psicologías. El maestro de la filosofía alemana Rodolfo Eucken, nos decía

hace poco al recibir la obra de *Las Moradas*. «es de un gran valor para mí este libro y lo tendré con el honor que merece».

Hoy ha comprobado la medicina contemporánea que los *cuatro casos de melancolía* que analizó Santa Teresa, adelantándose *tres siglos* al saber de su tiempo, son perfectamente científicos. Por cierto que ese capítulo en que trata la Santa de la melancolía, lo escribió a ruegos de sus monjas del convento de Salamanca. Es un dato quizá interesante para la psicología de una ciudad.

Acostumbraba Santa Teresa, muchas veces, a explicar las cosas del espíritu, por medio de semejanzas con el agua. Decía, en una ocasión, que el fuego del amor de Dios es dominador de todos los elementos del mundo, aunque sean sus contrarios, y que así como el fuego material, cuando es muy fuerte, con poca agua no sólo no se apaga, sino que se enciende más. Y exclamaba: «¡Quién supiera filosofía para poderlo explicar! Ahora creo que la química lo explicará

por la disociación de los elementos del agua, el uno comburente, y el otro combustible en grado sumo. Pero ¡qué instinto filosófico no supone el deseo de explicarse esa propiedad notable del agua! Y ¡qué semejanzas no hubiera sacado Santa Teresa para las cosas del espíritu si hubiese alcanzado a conocer la descomposición química del agua!

Otra de las semejanzas admirables que puso la gran mística para explicar las luchas espirituales del amor divino, fué con el juego de ajedrez. «Pues creed—dice—que quien no sabe concertar las piezas en el juego del ajedrez, que sabrá mal jugar, y si no sabe dar jaque no sabrá dar mate»... «¡Y cuán presto, si mucho lo usamos, daremos mate a este Rey divino, que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá!»

Después dice que la *dama* es la que más guerra le puede dar al Rey, y concluye que esta *dama* es la *humildad.*

En este símbolo del juego de ajedrez está toda la característica del misticismo caste-

llano de Santa Teresa, que lo distingue del misticismo italiano de San Francisco de Asís. En el primero la dama se llama *Humildad*, en el segundo es *Madonna Povertá*, su nombre...

El medio ambiente, la herencia, que como factores humanos han de ser tenidos en cuenta en la formación de los Santos, se nos presentan bien diferentes en uno y otro caso.

Bajo el sol de Italia, ante aquellos escenarios de una naturaleza que parece toda ella convertida en arte, y en plena Edad Media, del poder señorial y de casta, la riqueza era quizá el mayor valor humano.

El seguidor de la ciencia escondida de la salvación, lo primero a que tenía que renunciar era a los bienes materiales, la *dama* de sus pensamientos, en la caballería andante de su ideal religioso, había de ser la *Pobreza*.

Es famosa por su intensidad dramática la escena en que el padre de San Francisco, hombre rico, lleva a su hijo ante el Obispo de Asís, para que le amoneste por la prodigalidad con que reparte sus bienes a los

pobres. San Francisco se despoja allí mismo de todo cuanto le pertenece, hasta de su traje; se lo entrega a su padre, y le dice: «¡Ahora sí que podré decir, ante Dios, *padre nuestro que estás en los cielos!*»

Pensemos, en cambio, en la meseta central de Castilla, en la austera Avila, donde hasta el arte de los hombres, en torreones y murallas parece convertirse en naturaleza, de rocas vivas, vegetando en musgo. Los hidalgos, en la entrada de la Edad Moderna, no conservan de su pasado de riquezas y poder, más que los pergaminos, el orgullo de los honores. El valor humano se ha convertido en humo.

La hija de los Cepedas y los Ahumadas, la mística castellana, lo primero a que tiene que renunciar es al orgullo de los nobles, la dama a quien tiene que rendir homenaje, la que ha de enamorar al Rey divino, es la *Humildad.*

En cierta ocasión, viéndose obligada una carmelita a salir de la Orden por exigencia

de sus padres, que eran nobles, dijo Santa Teresa: «¡Vaya con Dios! Él me libre de estos señores, que todo lo pueden, y tienen extraños reveses». Con esta tranquilidad de ánimo había llegado al perfecto menosprecio de la vanidad de los linajes.

Limitándonos al misticismo castellano, que es el que nos toca más de cerca, ahora como hace tres siglos, la virtud fundamental que más nos corresponde es la humildad. El tipo del hidalgo, pobre de cultura, vacío de ideas, huero de sentimientos, indigente de voluntad, pero lleno de humo en la cabeza, perdura entre nosotros.

* * *

Y como es fuerza terminar de algún modo, pues es imposible querer encerrar en una conferencia la psicología sobrenatural que llena las obras de la Santa, he aquí, en extracto, el maravilloso símil del gusano de seda, desde que se presenta en la simiente

como una arenilla negra y fría hasta que se convierte en mariposa cálida y blanca.

...Es — dice — como el gusano de seda nuestra alma, que «muerta en su descuido y pecado», comienza a tener vida cuando con el calor divino se aprovecha del auxilio que a todos nos da Dios.

Vase sustentando en esto y con buenas meditaciones hasta que crecido el gusano comienza a labrar la seda y edificar el capullo a donde ha de morir.

Es que nuestra vida es Dios, y en Él está nuestra morada.

¿Fabricar nuestra morada y ser Dios esta morada? Sí, pero no ha de ser que podamos quitar ni poner nada de Dios, sino «quitar de nosotros mismos». Como esos gusanos que van dejando su propia sustancia para convertirla en seda. No tenemos más que poner este trabajo, tejer este capullo, quitando el estar asidos a cosa alguna de la tierra—como el capullo suspendido en el aire por los hilos de la seda.—

Una vez muerto el gusano de nuestra alma, en el capullo de la morada divina, sale una mariposa blanca.

Ella misma no se conoce en su transformación, «se querría deshacer», en agradecimiento al autor de su vida.

¡Ver el desasosiego de esta mariposa blanca! Es que no sabe a dónde posar y hacer su asiento. Le han nacido alas; ¿cómo se ha de contentar de andar paso a paso pudiendo volar?...

Así, por ese estilo, va discurriendo Santa Teresa, en su lenguaje, de las cosas de oración, para que sus monjas lo entendieran mejor—como ella dice—«que de otra manera más elevada tratadas, no era propio de mujeres».

Y esto lo dice la escritora, que está considerada hoy, por la opinión de los hombres más cultos, como el único entendimiento femenino, que por la fuerza de su expresión puede ponerse al lado de los más grandes escritores de la humanidad. Es decir,

que se trata, aun bajo el aspecto humano, del entendimiento más varonil que ha anidado en cabeza de mujer.

Para terminar, voy a hacer constar un caso antiguo y otro nuevo, que redundan en honra de esta Universidad.

El caso antiguo es el del *doctorado místico* de Santa Teresa. En la edición de Bruselas, de las obras de la Santa, publicadas el año 1675, aparece un medallón, que dice, que por la excelencia de aquellos escritos, y con la aprobación de Urbano VIII, por la Universidad de Salamanca se le concedió el doctorado a Santa Teresa. En otros documentos consta que siete catedráticos de Teología de la Universidad informaron de la ciencia infusa de la Santa.

Con estos datos se entabló una discusión, que casi se puede decir ha durado tres siglos. Los unos no sólo atribuían a Santa Teresa el *doctorado místico* de la Iglesia, sino el *académico* de la Universidad.

Los otros negaban una cosa y otra. En

lo *académico,* estos últimos tenían razón; no hay motivo serio de ninguna clase para hablar de que Santa Teresa recibiera grados universitarios; en lo *eclesiástico* se fundaban en que no existía declaración expresa pontificia para ello. Otros sostienen que basta un consentimiento tácito.

Hoy no debe caber duda alguna respecto del *doctorado místico* de Santa Teresa cuando el Papa Pío X ha dicho textualmente: «A cuán justo título le ha discernido la Iglesia los honores reservados a los doctores».

La Universidad de Salamanca debe computarse entre sus méritos el de haber contribuído a la concesión de ese doctorado.

El caso nuevo a que hice referencia es el siguiente: ocupándose una revista de Madrid en los homenajes dedicados a Santa Teresa en el actual *centenario,* decía con gran acierto irónico: «¿Qué culpa tiene la gran escritora de haber sido santa?» Y llamaba la atención, con elogio, sobre el caso notable de que, tratándose de una gloria in-

telectual de España, fuera de las fiestas religiosas, no se hubieran hecho otros homenajes literarios, que los celebrados en esta nuestra Universidad, organizados por el Ateneo de Salamanca.

Conste que en el ambiente universitario salmantino, no se ha perdido el espíritu, que ha permitido ensalzar a una gran escritora, aunque para los intolerantes de la izquierda haya cometido el delito de ser santa.

A los que profesamos a Santa Teresa el doble culto a su santidad y a su literatura, séanos permitido también manifestar nuestra creencia, de que con esa doble devoción, no sólo no negamos a nuestra patria, sino que la afirmamos con doble convencimiento.

Que Santa Teresa, y con ella nuestros grandes místicos del siglo XVI, al consagrar la lengua castellana en formas inmortales, hicieron patria, manteniendo el espíritu de la raza en ambos mundos mientras viva el idioma español.

San Juan de la Cruz (1)

Tratando en una ocasión de elegir entre San Juan de la Cruz y Descartes, decía D. Miguel de Unamuno, que elegiría a San Juan de la Cruz. El profesor de la Universidad de Madrid, D. José Ortega y Gasset, elegía a Descartes.

Y hablaba del «lindo frailecito de corazón incandescente que urdía en su celda encajes de retórica extática».

Y de que, sin Descartes, nos quedaríamos a oscuras y no veríamos el pardo sayal del santo carmelita.

Yo pienso que no es inverosímil supo-

(1) Conferencia leída, como la anterior, en la Universidad de Salamanca. De las organizadas por el Ateneo.

ner que haya, en cierto modo, sucedido algo de lo contrario. Es decir, que del pardo sayal brotase alguna luz que haya iluminado a Descartes.

Medio siglo antes de nacer Descartes, vivía en Medina del Campo, de enfermero en el hospital, el joven Juan de Yepes, casi un niño, de talla exígua, pero de alto pensar, corto en palabras y dilatado en obras de bien. Adoraban en él los enfermos. Y hasta el poderoso señor, administrador del santo hospital, D. Alonso Alvarez de Toledo, rindió su admiración ante aquel joven extraordinario, otorgándole plena confianza y decidido patrocinio.

Y precisamente entonces era médico de Medina el famoso filósofo español Gómez Pereira, uno de los indudables precursores de Descartes, sobre todo en la teoría de los *animales máquinas,* y en el célebre principio *cógito, ergo sum.*

No cabe duda de que entre el enfermero místico y el médico filósofo habría

un intercambio espiritual, una influencia recíproca intelectual que permiten creer que la luminaria de Descartes, por mediación de Gómez Pereira, recibiera efluvios filosóficos que habían estado en contacto con el pardo sayal.

Mucho antes que el filósofo de Turena tomase el pensamiento como razón de la existencia, el enfermero del hospital de Medina afirmaba que «un pensamiento del hombre vale más que todo el mundo».

Creo que sin Descartes no nos hubiéramos quedado a oscuras. Y si tal cosa hubiera ocurrido, quien acertó a ver tan maravillosamente en la *Noche oscura del alma* no necesitaría muchas luces ajenas para moverse a sus anchas en las tinieblas.

¡Cuántos que entre Descartes y San Juan de la Cruz no vacilan en optar por Descartes, no sabrían a qué atenerse entre los dos, o más bien, se quedarían sin ninguno si tuvieran idea de aquellos escritos del filósofo francés en que trata del «amor

de Dios» con la fraseología de un teólogo! Me refiero al vulgo ilustrado que no tiene más noción de Descartes que la famosa «duda» como principio del método filosófico.

El caso del docto profesor de la Central, antes citado, es muy distinto. Hay gente de positiva cultura que desconoce la importancia intelectual de nuestros grandes místicos. No los leen.

Existe, además, otro caso. Es que en las iglesias del libre-pensamiento hay también su *Indice de libros prohibidos.* Y lo que no sabemos es si dentro de esas iglesias existen *licencias* de lectura, como en la católica, para quien justificadamente la solicita, a los fines de su mayor ilustración.

Por desgracia, dentro del catolicismo tenemos también bastantes ejemplares de gentes, que lo que pueden y deben leer, no leen; analfabetos, no ya de toda letra heterodoxa, sino lo que es infinitamen-

te peor, de todo pensamiento sustancial y genuinamente católico, contenido en los escritos de nuestros grandes autores.

Otra sería la suerte del llamado problema religioso en España, si los... radicales de la izquierda, y los de la derecha, supieran a ciencia cierta lo que esencialmente es el pensamiento católico, al que creen combatir los primeros, y defender los segundos, a capa y espada...

Si de algo pudiera servir presentar a grandes rasgos la silueta simpática de una figura como la de San Juan de la Cruz, siquiera para aficionar a los estudiosos al conocimiento directo de lo que pensaron esos hombres representativos del catolicismo, estará ya justificado el presente trabajo.

Pero lo más propio de una labor, de investigación, será ofrecer la fisonomía intelectual de San Juan de la Cruz a la atención de los filósofos.

Y empleo esta palabra en el sentido me-

nos pretencioso, en el más antipedante que se pueda imaginar.—«Yo no sé ni ciencia ni arte—decía un griego—soy filósofo». Y otro añadía: «Aquel que es sabio no necesita filosofar; los ignorantes tampoco, porque adolecen precisamente del inconveniente de estar contentos de sí mismos, y no desean aquello de que no se creen desprovistos»—. Esto lo dijeron quienes sabían lo que era filosofar.

Y en este sentido supongo agradará a los lectores que no los considere como sabios, y mucho menos como ignorantes, sino como *filósofos* a quienes interesa la más alta y escondida de las filosofías, que es la *mística.* Si aun así os apesadumbra algo la palabra *filosofía,* llamadla *filocultura...*

Hoy se estudian con el mayor interés las figuras eminentes de la mística y de la ascética, y se buscan con el mayor afán, lo mismo aquel manuscrito del *Liber sororum de sub tilia,* de aquellas solitarias

del siglo XIV, llamadas las hermanas *unterlinden* (*bajo los tilos*) de Colmar, que las *Vidas* de los anacoretas de la Tebaida, resucitadas ahora mismo nada menos que por la pluma de un cronista tan mundano y parisiense como Gómez Carrillo.

Hoy edita la casa Nelson, de Londres, en castellano, las *Moradas,* de Santa Teresa, y la casa Michaud, de París, también en castellano, *El cántico espiritual,* de San Juan de la Cruz. Y las *Fioretti,* de San Francisco, traducidas elegantemente en francés, se hallan en manos de todas las damas, que leen libros, en París.

Y aunque en otro orden de ideas, pero hacia la misma orientación de espíritu, es de notar la serie de conferencias sobre el «más allá interior» que han dado recientemente miembros eminentes del Instituto de Francia y de la Sorbona, como Boutroux.

Además, como una desviación, pero al cabo movimiento místico, más o menos heterodoxo, están hoy a la orden del día las

obras de Jacobo Boehmen, aquel pobre zapatero teósofo de Goerlitz, a quien Hegel consideraba como el fundador de la filosofía alemana; y como una parodia de misticismo lo que prueba la importancia de éste, resurge actualmente el ocultismo, contando entre sus adeptos a antiguos positivistas, como el célebre físico inglés Guillermo Crookes, y el italiano Lombroso.

Y la cátedra del profesor de Jena, el ilustre Eucken, está siendo una especie de la Meca, donde acuden estudiantes de todas las partes del mundo a escuchar las lecciones del filósofo, que dice: «Me interesa más la emergencia en nueva vida del alma más humilde, que el nacimiento o invención de mil mundos»...

A todo esto ¿qué hacíamos en España con nuestros grandes místicos del siglo xvi? Repetir sus biografías, estilo de panegíricos, o «vidas» con *tesis,* obras oratorias más o menos bonitas, como las estampas de santos pintados entre nubes, en éxtasis

perpetuos, sin que nos den idea de la labor heróica de aquellas almas, que en las acciones más ordinarias y pequeñas de cada día, han labrado, como orfebres del espíritu, la obra de arte de su vida semi divina.

Se lamentaba Menéndez Pelayo de la «admiración irracional» de los *devotos,* remedadores empalagosos de los grandes místicos, cuyas venerables fisonomías confunden con una tinta borrosa y uniforme.

«Gentes que juzgan con su estrecho y entenebrecido criterio, como una herejía» (son palabras del ilustre polígrafo) el que se estudie dentro del fondo común de las especulaciones de los místicos, y supuesta la influencia sobrenatural, las disposiciones humanas que distinguieron a cada uno de ellos, con el influjo de la educación, de la raza, del medio filosófico en que vivieron. A nadie sino a los que reniegan de la facultad de pensar se les ha podido ocurrir rechazar la deuda de gratitud, ni maldecir

de los que educaron, en lo humano, el pensamiento de los místicos.

No digo yo que lleguen a tanto, pero tocados inconscientemente, al parecer, de esa manía, repiten los biógrafos de San Juan de la Cruz, al hablar como de pasada de sus estudios: «fué enviado por los superiores a nuestro colegio de Salamanca a estudiar Teología».

No he visto ninguno que hable de la Universidad. Sólo en un prólogo biográfico, muy bien escrito, por cierto, el de la edición castellana, que he citado antes, hecha en París, se dice que estudió en la Universidad, pero la autoridad del prologuista no es muy fehaciente, porque le importa poco también hacer de Fontiveros un pueblo de la provincia de Salamanca, y nos hace con ello el honroso regalo de un paisano insigne, a los salmantinos, con San Juan de la Cruz.

Pensando yo que era algo extraño ve-

nir «a estudiar a Salamanca» en pleno siglo XVI, y no cursar en la Universidad, me tomé el trabajo, eficaz por su resultado, de rebuscar uno por uno, entre los miles de matriculados (en los cursos de 1563 a 1567), el nombre de Juan de San Matías, que había adoptado al ingresar en la Orden Juan de Yepes Alvarez. En esos viejos libros de matrícula de nuestro archivo universitario, encontrar un nombre no registrado todavía, entre aquellas listas de renglones torcidos, sembrados de abreviaturas, con una deliciosa libertad ortográfica, es empresa de esforzados varones de otros tiempos, o de bibliófilos, o eruditos beneméritos del presente.

Yo no sé qué secreto impulso me sostuvo los ánimos en aquella empresa tan ajena a mis aptitudes.

Comprendo el grito de Arquímedes. ¡Allí estaba... *Juan de Santo Mathia, del Monasterio de Nuestro Señor San Andrés,*

natural de Hontiveros (1). Y matriculado entre los *artistas,* y durante los tres cursos seguidos de 1563 al 66 inclusive!

Estudió durante esos tres años las artes liberales, y a los que cursaban esos estudios se les llamaba *artistas.*

Sólo en el curso de 1567 estuvo matriculado como *teólogo.* Conste, pues, que San Juan de la Cruz ha sido alumno de la Universidad de Salamanca, y hora es ya de que suene su nombre en esa lista gloriosa de hombres célebres, que nos sabemos de memoria, con bastante más justicia que algunos ilustres señores, cuyo mérito no se sabe a punto fijo en qué consiste.

Sería ridículo afirmar que por haber estudiado artes en Salamanca fué tan grande artista San Juan de la Cruz, pero ya no es tan ridículo pensar en la simpática nota que da la coincidencia de figurar tres años

---

(1) La F del «Fons-Tiberii» latino, se había convertido en H.

entre los *artistas* quien lo era de nacimiento y de alma, y de verlo matricularse un solo curso en *Teología escolástica* a quien había de ser maestro en esa *meta-teología* que es la mística, en esa *ciencia escondida,* que no se aprende en las aulas.

Su hermano Francisco de Yepes dijo de él que «había aprendido mucho en Salamanca».

Yo quiero suponer que fué algo más que aquella teología del colegio de San Andrés a la que, dicen los religiosos biógrafos, le enviaron a estudiar los superiores a nuestra ciudad.

Creo que en aquel ambiente universitario de Salamanca, en pleno siglo XVI, se educó el pensamiento filosófico de Juan de la Cruz. Y no incurriré en la pedantería de clasificar los sistemas, para poner dentro del marco de una escuela determinada una filosofía que trasciende de todos los sistemas. He aquí un dato de esa especie de pedantería notable y gracioso: en las pri-

meras ediciones de las obras del gran místico, una mano escolástica tuvo la ortodoxa osadía de interpolar frases y palabras, para que el texto se acomodara a un sentido de doctrina determinado. Ahora están haciendo una edición crítica, seria, en Toledo, y los mismos Carmelitas que la dirigen han tenido que volver el texto a su sentido verdadero y auténtico, borrando los toques de brocha gorda del *sistemático* corrector.

Acaso sería éste uno de aquellos de quienes decía enérgicamente Fray Luis de León: «Con un pequeño gusto de ciertas cuestiones, contentos e hinchados, tienen título de maestros teólogos, y no tienen la Teología».

Como ejemplo de la confianza que tenía Juan de la Cruz en la realización de la Filosofía, citaré este hecho: «En una ocasión, en que siendo superior en la Orden tuvo que decidir de la admisión de un aspirante a religioso que adolecía de

mal olor de boca, no dió su beneplácito diciendo: «es regla de filosofía, que las costumbres del alma signen al temple y complexión del cuerpo». Y esta frase confirma las relaciones intelectuales del enfermero y el médico del hospital de Medina. Esa es una filosofía médica.

De más altos vuelos metafísicos era la filosofía característica de Juan de la Cruz. Se ha dicho con verdad que «la poesía y la música son las formas que la metafísica debe tomar para expresarse lo menos inadecuadamente posible». Algo de esto vislumbraba ya en su tiempo Campoamor cuando en su discurso de entrada en la Academia Española puso este tema: «La metafísica, limpia, fija y da esplendor al idioma».

Yo me permito creer que la música y la poesía, y la prosa de San Juan de la Cruz, son la expresión adecuada de una metafísica imposible de mejor exposición

en el lenguaje convencional de las escuelas y los sistemas de filosofía.

De su poesía se ha dicho mucho y bueno. De su prosa, he aquí lo mejor que he leído:

«Es la prosa más sutil y atormentada, más pulida y agudizada que existe en castellano, y con ella no menos suelta y agil que la de Luis de Granada, el afluente; ni menos varonil que la de Juan de Avila, el implacable; ni menos entonada que la de Luis de León, el horaciano; ni de menos elegante graveza que la de Juan de Mariana, el clásico» (1)

De su música no se ha dicho nada, porque no se ha visto que la vida y la obra de San Juan de la Cruz es toda ella una *Canción espiritual.* Y que su poesía es música exquisita; y su prosa es poesía también. Han dejado escrito los que le oye-

---

(1) Alvarez de la Villa.

ron hablar, que su voz tenía el atractivo del canto de los pájaros. El era a su vez un encantado cuando oía cantar. En ocasión en que habiendo salvado milagrosamente, como él lo declara, de la prisión en que lo tuvieron encerrado en Toledo sus fraternales adversarios, los frailes enemigos de la reforma carmelitana, al pasar por el convento de religiosas de Veas, quisieron las pobres monjas obsequiarle, y no hallaron mejor cosa que cantar ante él la sentida canción:

«Quien no sabe de penas
en este triste valle de dolores
no sabe de buenas
ni ha gustado de amores
pues penas es traje de amadores».

No pudieron imaginar obsequio más del alma del místico. De repente cayó en éxtasis, y estuvo fuera de sí por espacio de una hora ante el espanto de las benditas

monjas que no sabían si llorar o alegrarse de haber entonado la canción... ¡No había de saber él de penas, quien había sido maltratado despiadadamente por el delito de querer volver la Orden a su primitiva austeridad!... (La historia no dice si fué denunciado a Roma por *modernista...)*

En otra ocasión, estando enfermo quisieron que unos músicos distrajeran su animo. Se negó a ello diciendo sinceramente que no era bien, que siendo regalado por Dios con los sufrimientos, fuera a olvidarlos, para atender al agrado de la música. Insistieron en su buen deseo los que quizá no sentían el alcance de la verdad en las palabras del enfermo, y éste se resignó al placer de la música. Pasados unos momentos, suplicó que se le diese las gracias a los músicos y se retiraran, declarando que no le dejaban oir otra música interior que escuchaba en el silencio. «La música callada, la soledad sonora...»

Al explicar este verso en su *Cántico*

espiritual, se funda en una frase del *Libro de la sabiduría*, que dice: «Este mundo que contiene todas las cosas que Dios hizo, tiene ciencia de voz». Y en esta *ciencia de voz* que tiene el mundo, ve San Juan de la Cruz admirablemente una «música subidísima», que forma el concierto de las voces de todas las cosas creadas, con que cada una muestra *lo que en ella es Dios*.

No creo haya empresa más digna de un filósofo que la de aprender esa *ciencia de voz* que tiene el mundo, que la de escuchar lo que dicen las cosas, lo que en cada una de ellas, en cada hombre *es Dios*. Saber escuchar esa *música* es aprender la *ciencia escondida*. Reducir toda esa alta filosofía a oir una música, es la obra de un *artista* y de un *genio*. Eso es San Juan de la Cruz.

Santa Teresa es el *ingenio* de la mística. Ha hecho popular, con su vida y con sus obras, la filosofía de la ciencia escon-

dida. Aquí mismo, en Salamanca, hasta la generación anterior a la nuestra, se ha conservado un tipo de artesanos—yo los he oido de niño—que aplicaban a los actos solemnes o trágicos de la vida, como cosa de filosafía popular, sentencias de Santa Teresa.

Se ha dicho con una frase feliz que los escritos de Santa Teresa son como «plática familiar de vieja castellana sentada junto al fuego».

Para hablar así de cosas tan hondas, se necesita una imaginación admirable. El símil aquel del gusano de seda que saca sustancia de sí para labrar su morada, que es el capullo, y muere y se transforma en la mariposa blanca, vale por un volumen *in folio,* de muchos tratadistas.

Leibnitz ha confesado que de aquel imaginarse Santa Teresa que estaban en el mundo Dios, y su alma solos, sacó una importantísima meditación metafísica, que utilizó en sus obras.

Y Fray Juan de los Angeles, el gran místico franciscano, el psicólogo, el maestro de la «disciplina del amor», el de los diálogos socráticos, me parece ser el *sabio,* el *científico,* en el mejor sentido de la palabra, de la mística. Esos son los tres grandes místicos castellanos.

He dicho castellanos. Los tres han nacido en la famosa, austera meseta de Castilla, avileses los tres.

Recientemente, un franciscano, encargado de publicar en la *Biblioteca de Autores Españoles* las obras de Fray Juan de los Angeles, ha desvanecido la leyenda de ser de Extremadura este gran místico.

¡Tierra de Avilla, tierra de místicos!

Y es digno de notarse también que fueron contemporáneos. Algo había en el ambiente que producía místicos, que aunque la tierra sea buena, siempre hace falta un buen tempero.

Terminados sus estudios en esta Universidad, fué en Agosto de 1567 Juan de

San Matías a Medina del Campo, donde al profesar, solemnemente en la Orden, tomó el nombre de Juan de la Cruz. Allí le presentaron a Santa Teresa. ¡Y con qué gracia, como siempre, procedió la vieja castellana! Necesitando colaboradores activos, entre los religiosos, para emprender su reforma carmelitana, se le ofreció un santo varón, un padre grave, de tan buena voluntad como falto de condiciones por su edad... «Yo lo tuve por cosa de burla—son palabras de Santa Teresa—y así se lo dije.» En cambio, los padres graves no sabían que el cooperador que a pedir de boca necesitaba la reforma, era un joven de veinticinco años, que llegaba entonces de Salamanca. Había un obstáculo que salvar: el recién llegado quería hacerse cartujo.

Santa Teresa, que por sus años podía llamarse madre de aquel mozo de tan aventajado espíritu y rara virtud, no bien tuvo ocasión de hablarle, como un profeta, lo

acogió con estas palabras: «¡Mi hijo, tenga paciencia y no se vaya a la Cartuja que ahora tratamos de hacer una Reforma de Descalzos de nuestra Orden, y sé yo que se consolará con el aparejo que tendrá en ella, para cumplir todos sus deseos de recogimiento, retiro de cosas de acá, oración y penitencia!...» ¿No os parece oir en este acogimiento una cosa así como la recepción que un Quijote del ideal hace de un escudero para la jamás vista aventura de la Reforma, que había de desfacer los entuertos hechos por los malandrines en la Orden de Caballería de la Religión?... Sólo que aquí el escudero es tan alto, tan espiritual Quijote como quien le acoge para tamaña empresa. El caballero andante es más filósofo que el D. Quijote femenino, monja inquieta y andariega, *Dama andante*, que quiso, sin duda, decir aquel señor Nuncio, tan desorientado en achaques de negociaciones místicas.

Cuando Santa Teresa se cansaba de

consultar sin resultado a los titulados maestros teólogos los casos difíciles de su Reforma, acudía a *su Senequita*—como maternalmente llamaba a Juan de la Cruz—y éste, como un Séneca, con una sentencia le resolvía las dudas.

Como Don Quijote, «acribillado por el ridículo, pero invulnerable el desprecio», así pasó por la sociedad de su tiempo el caballero andante de la mística castellana.

Vivía en otro mundo y hablaba otro lenguaje. Los hombres no saben qué pensar de esos *extranjeros* que se llaman *místicos;* y no sabiendo qué pensar, se ríen de ellos. «De algo *excéntrico,* que se aisla, la sociedad se inquieta—dice Bergson—y se defiende con un gesto, que es su risa».

Pero también, como el Quijote, al pasar a la historia, los caballeros andantes de la mística están siendo hoy la admiración del mundo intelectual. Tanto es así, que los que dentro del catolicismo tratamos de ensalzar, como es justicia, a esas

grandes figuras del misticismo, tenemos que defendernos de no estar contagiados de la admiración heterodoxa.

Si no huyera del mal gusto de pasar por erudito, en una conferencia de esta índole, citaría autoridades, por docenas, de los dos campos, que convencerían de lo que afirmo.

Bastará que cite a dos. Un anticatólico: Gustavo Le Bon. En su última obra *Las opiniones* y *las creencias,* al dar carta de naturaleza a la *lógica mística* en la vida mental dice crudamente: «Radicales, anticlericales, francmasones, todos los sectarios de las tendencias extremas, viven en plena mística».

Y por otro lado, el padre agustino Marcelino Gutiérrez, en su obra sobre el *Misticismo ortodoxo,* ha tenido que declarar, al hacerse cargo de la afición que la crítica racionalista ha mostrado por nuestros místicos, que «alejar de su estudio y afición a la crítica católica será como dedu-

cir que la Sagrada Escritura es heterodoxa, porque los protestantes han mostrado por su estudio y divulgarían una afición desordenadísima».

Convencido hasta no poder más de la estolidez que sería *tener miedo* a los místicos, *por miedo al miedo* racionalista, o liberal, o modernista, como se lleva ahora, yo aplico a este caso una frase de Santa Teresa: «Quien os dijere que esto es peligro, tenedle a él por el mismo peligro».

....

Como supongo que entre los cultos ateneistas que me escuchan no habrá nadie que *tenga miedo* al lenguaje de los místicos, voy a leer algo de lo que el mismo San Juan de la Cruz expone, declarando sus *Canciones:* «...no pienso yo ahora—dice—declarar toda la anchura y copia que el espíritu del amor, en ellas lleva...» «...antes sería ignorancia pensar que los dichos de amor e inteligencia mística, con alguna manera de palabras se puedan bien

explicar» «...con figuras, comparaciones y semejanzas, antes rebosan algo de lo que sienten (las almas místicas) y de la abundancia del espíritu (como río) vierten secretos y misterios, que no con razones lo declaran...» «...los dichos de amor es mejor dajarlos en su anchura que abreviarlos a un sentido a que no se acomode todo paladar...» ¿No se comprende ya para qué clase de paladares no se ha hecho ese manjar? ¡Mal lo hubiera pasado la *Noche oscura del alma* con censores que hoy se estilan enemigos debeladores de todo lo que les parece oscuridad! «Con figuras, comparaciones y semejanzas... vierten secretos y misterios...» no se puede decir mejor en lo qué consiste el lenguaje propio de los místicos.

El que busque *silogismos, definiciones*, para encerrar el pensamiento en *fórmulas*, en *proposiciones* escolásticas, que no lea a los grandes místicos.

Todos ellos reconocen, como manifes-

tación suprema de la razón humana en la vida presente, la *intuición* silenciosa. El Cardenal Nicolás de Cusa llegó hasta relegar a los animales la *razón discursiva,* como facultad inferior al entendimiento, cuyo acto propio es la *visión intelectual.*

Hoy, filósofos que no tienen nada de místicos, dicen más: «El arte de razonar es la ciencia de los pueblos jóvenes, y casi diríamos de los pueblos bárbaros. La sutil dialéctica se aduna perfectamente con las costumbres groseras y con la ciencia limitada; no es más que una máquina intelectual.»

Precisamente esa *super razón* de los místicos, la *intuición,* está ahora a la orden del día. El pensador de más fama mundial, que da hoy el tono desde su cátedra del colegio de Francia, Enrique Bergson, que se distingue por una elegancia de pensamiento tan grande como de lenguaje, es el paladín de la *intuición.* Para él *intuir* no es trasladarse fuera del dominio de los

sentidos y de la conciencia, como parece fué el error de Kant, sino «rehacer la percepción primitiva del tiempo habituándose a ver las cosas *sub specie durationis.*» Pongamos *æternitatis,* donde Bergson dice *durationis,* pues para él *duración* es lo contrario del tiempo divisible en instantes, y tendremos la *intuición* de los místicos.

* * *

Si San Pablo viviera hoy y tuviese que pronunciar otro discurso como el del Areópago de Atenas, podría seguramente dirigirse a los ciudadanos de la república intelectual del mundo y decirles como entonces: «¡He observado vuestra gran religiosidad, pues tenéis altares al *Dios desconocido!*»

Y si San Juan de la Cruz resucitase para continuar el discurso de San Pablo, añadiría, también atrayendo, en lugar de ahuyentar, a tantos espíritus sedientos de

luz de fe que han perdido y que buscan a tientas, quizá tropezando con piedras que hacen caer, en vez de encontrarse con manos amigas que ayuden a levantarse, San Juan de la Cruz les hablaría del *Dios escondido,* en su lenguaje de encanto: «¿A dónde te escondiste, Amado, y me dejaste con gemido...?» «...Búscale en fe y amor, sin querer satisfacerte de cosa...» «No quieras satisfacerte en lo que entiendes de Dios, sino en lo que no entendieres de El» «que eso es buscarle en fe»... «cuanto menos se entiende más se llega a El»... «La causa de no hallarle, es que tú no te escondes para hallarle hasta lo escondido donde está»... De otra suerte, «por altas y subidas noticias de Dios que un alma en esta vida tenga no es aquello esencialmente Dios ni tiene que ver con él»...

¡Qué distancia entre San Juan de la Cruz y... aquellos maestros teólogos a que aludía Fray Luis de León, que acaso ten-

drían la noticia exacta, neta, de Dios, encerrada en una *fórmula* entre un *atqui* y un *ergo!...*

Y si Santa Teresa hubiera de poner digno remate al discurso comenzado por San Pablo, les diría a los atenienses del mundo actual lo que les dijo a sus monjas después de exponerlas en cuatro palabras a qué se reducía la perfección: «Y no penséis que hay aquí más algarabías ni cosas no sabidas ni entendidas»...

Y aquí terminaría mi lectura, nunca con palabras mejor aplicadas que las mismas de Santa Teresa si no hubiera cosas no sabidas ni entendidas de las que hay que hablar en el ciclo de estas conferencias. Me refiero al Renacimiento.

Si San Juan de la Cruz, con Cervantes (que nació precisamentee el mismo año), con Fray Luis de León, que vivió todo el tiempo de San Juan de la Cruz (murió en el mismo año también), para no citar más que a los tres nombres príncipes, no re-

presentan ellos solos un Renacimiento, yo no sé lo que es Renacimiento.

¿Acaso se quiere dar a entender por *Renacimiento* cierta *Reforma religiosa,* o cierto *Neo-helenismo?*

Aun así, *Reforma religiosa,* intensa y trascendente representa San Juan de la Cruz, y fué la antítesis del *Protestantismo.* Neoplatónicos fueron en gran parte muchos padres de la Iglesia, y tradición neo-helénica tuvo el misticismo durante doce siglos después del *seudo-Areopagita;* y un príncipe de la Iglesia, el Cardenal Besarión, es su representante genuino en el Renacimiento, y no necesitaron para nada volver al *paganismo.* Esto sería una retrogradación del pensamiento.

Precisamente muchas ideas de los paganos no han tenido que sufrir para cristianarse más que el bautismo del nombre. Algunas ni cambiaron el nombre. Así la *mente,* el ser íntimo del alma de los místicos, se puede ver frecuentemente con el

mismo nombre en los *Soliloquios* de Marco Aurelio. Quien se sorprenda, o anatematice esta comunidad de ideas, no habrá oido nunca aquello de Santo Tomás: «que la razón de los gentiles es también una participación de la lumbre increada».

Respecto al Renacimiento protestante, cinco volúmenes repletos de datos históricos publicó César Cantú, de los *Heréticos de Italia,* donde demuestra que si el Renacimiento y la Reforma luterana fueron hechos distintos en otros países, en Italia, la patria del Renacimiento, fueron contrarios.

En la Exposición de hace medio siglo en París, se presentó un cuadro con tesis. En el centro, llenándolo todo, Lutero, con la Biblia en la mano; a su alrededor, como figuras secundarias de árbol genealógico, Dante, Shakespeare, Cervantes, Cristóbal Colón, etc... Yo no sé si aquel cuadro tendría un rótulo muy grande que re-

zara: «Este es el Renacimiento y el del medio es el gallo».

La ocurrencia de poner a Dante como rama del tronco luterano, me recuerda una escena que presencié en esta Universidad, siendo estudiante: Un antiguo bedel, que ya no vive, enseñaba a unos extranjeros aquel Peraninfo escayolado, que ocultaba con tan mal gusto la austera desnudez de esta sala de ahora.

Al observar el inteligente bedel que los extranjeros pugnaban por enterarse de quiénes eran los personajes representados en los medallones, les dijo sin vacilar: «Son los grandes hombres que han salido de esta Escuela: Homero, Colón, Cervantes...»

Dejando a un lado prejuicios de toda especie, creo no cuesta nada confesar que en el siglo XVI hubo un Renacimiento en España. Por lo que toca a la mística, fué una verdadera creación. Desde San Juan de la Cruz acá no hay para qué ser tri-

butarios de la escuela mística alemana de Tauler y Rusbrock.

Y entiendo que los Renacimientos son hechos seculares y se repiten periódicamente, influenciados por multitud de causas históricas, geográficas y quién sabe si hasta cósmicas. Son fenómenos cíclicos.

A partir de la Era cristiana, verdadero *nacimiento* de la humanidad hacia un ideal nuevo, cada cuatro siglos ha habido un *Renacimiento.*

Y en Europa, todos han repercutido en un eco geográfico, en la entrada del Asia, que es Constantinopla.

El siglo IV, siglo de oro de la filosofía cristiana, coincide con la fundación de Constantinopla, la nueva Roma de las siete colinas.

En el siglo VIII, el imperio de Carlomagno, Renacimiento de los estudios; Constantinopla es amenazada por invasión sarracena, la defiende, como un símbolo, el *fuego griego.*

En el siglo XII, aparecen las Universidades, los cruzados fundan el imperio latino en Constantinopla.

Después, el Renacimiento del siglo XVI con la toma de Constantinopla por los turcos.

Ahora el del siglo XX. Nadie que sepa observar por debajo de la superficie alborotada de los anarquismos sociales, puede dejar de ver un fondo de resurgimiento, de *insurrección de ideal,* como ha dicho un escritor italiano.

Después del siglo del positivismo materialista anterior, llamado de las luces, de las luces artificiales, sin duda, porque se veía poco el sol de la verdad, hemos entrado en este siglo XX de la *desmaterialización de la materia...* Y el hecho geográfico se repite también. El imperio turco en Europa desaparece para ser sustituido por una confederación cristiana.

En América latina, una obra que acaba de publicar un diplomático peruano, prolo-

gada por el Presidente de la República francesa, Poincaré, demuestra el hecho de que después de cuatro siglos, un *Renacimiento* del espíritu español hace que veinte Repúblicas vuelvan los ojos a la España grande del pasado... A la de San Juan de la Cruz.



LS.H
D 6714s

287446

Author Domingeuz Berrueta, Juan

Title Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

